

PUNTO ROJO

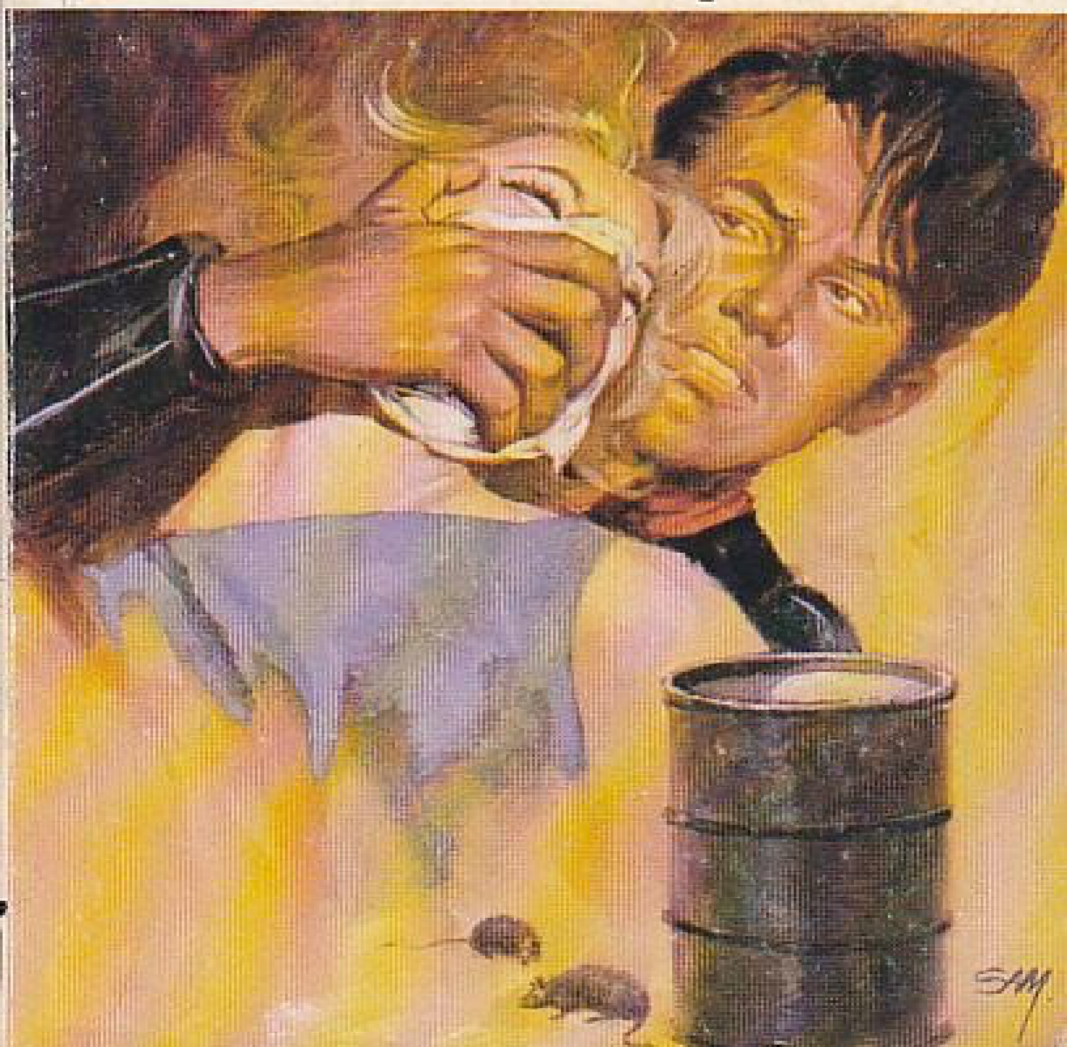
**BRU
GUE
RA**

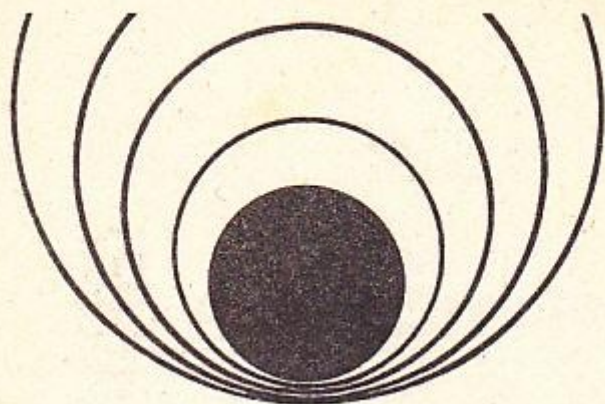
BOLSILIBROS

T POLICIACO

BALANCEO MORTAL

Joseph Berna





PUNTO ROJO



JOSEPHBERNA
BALANCEOMORTAL

ColecciónPUNTOROJOn.
°1.127Publicaciónsemanal



EDITORIALBRUGUERA,S.A.

BARCELONA-BOGOTABUENOSAIRESCARACAS-MEXICO

ULTIMASOBRASDELMISMOAUTORPUBLICADASPORESTAEDITOR

EnColecciónSERVICIOSECRETO:

1.736—Elcamareroesunespía.EnColecciónKANSAS:

1.325—ElgigantedeKentucky.

EnColecciónCOLORADO:

841—Unosadocaliforniano.EnColecciónBISONTESERIEAZUL:

675—

Laambiciónteníaunprecio.EnColecciónBUFALOSERIEAZUL:

546—Apuntadelátigo.EnColecciónPUNTOROJO:

1.122—Unarubiaenapuros.EnColecciónCALIFORNIA:

1.413—Elreydelpóker.

ISBN84-0202520-XDepósito legal:B35.434-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición en España: diciembre, 1983. *edición en América: junio,
1984

©Joseph Berna-1983 texto

©Sampere-1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A. Camp

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como
sonajes, entidades o hechos pasados o actuales, serán simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A. Parets del Vallés (C

152, Km 21.6501 Barcelona 1983

Paula Corwin detuvo su «Ford-

Fiesta» frente al número 110 de Poplar Street, una de las calles situadas en la zona
 Eravendedora y representaba a una popular firma de cosméticos londinense de
 Eralógico, ya que las mejores zonas las trabajaban las vendedoras que llevaban
 En esas zonas las ventas eran más fáciles y las vendedoras que las recorrían obtenían
 Paula Corwin aspiraba a eso, pero no sabía si lo conseguiría, porque no había logrado
 Ella ponía todo su empeño, pero las ventas se hacían difíciles en aquella zona y ha-

Paula, lógicamente, se hallaba a tanto de desilusionada, pero seguía con ganas de luchar

tenazmente por conseguir nuevos pedidos y demostrar a Cosméticos Dalila que
 Con ese ánimo cogió su maletín y salió del coche.

Paula Corwin era morena, bonita y bien formada. Contaba veinticuatro años de
 Consuma letrada de vendedora en la mano izquierda, Paula cruzó la acera y se introdujo
 Había ascensor.

Perotambién había un cartel que decía: «NO FUNCIONA».

—Nome extraña—

rezongó Paula, después de ver el lamentable estado en que se hallaba el viejo ascen-

En el primerrellano, un perro había hecho de las suyas.

Y como no había luz, Paula casi pisó lo que había dejado el travieso can.

—¡Jo, vaya «ensaimada»!—exclamó, frenando supie en la aire

—. Si la llego a pisar, tienen que venir los bomberos a rescatarme.

¡El perrazo debe ser como un caballo!

Después de sortearla «ensaimada», Paula subió los peldaños que faltaban y alca-

Algún fuerte portazo, seguramente.

Paula empezó por la primera puerta, pulsando el timbre, que sonó a trompetaba-

Desgraciadamente, no le sirvió de nada, porque no le abrieron, a pesar de que rep-

—Aquínohaynadie—

rezongó,yfuehacialapuertadelcentro,laqueteníaelnúmerocaído.

Oprimióeltimbre,quesonóaúnpeorqueelotro.Paulapreparólasonrisaagradable.

Estaveztuvomássuerte,porqueleabrieron.

Bueno,lodesuerteesundecir,porquelapuertahabíasidoabiertaporuntipoque

Elgigantónsecubríaconunpantalóndepijamaeibadescalzo.

Suzechazo,enorme,brillabaacausadelsudor,lomismoquesuspoderososom

Porlovisto,eltipoestabarealizandoejerciciosfísicoscuandoPaulallamó.Leva

—Madremía...—murmurólavendedora,impresionada.

Yhastaunpocoasustada,porqueelgigantelamirabadeunaformanodemasiada

Eltiposonrió,mostrandosusdientesdecamello.

—Hola,encanto...

—Buenastardes—

respondióPaula,forzandounasonrisa,porquelaotra,laagradable,lehabíades

—¿Quévendes,nena?

—Cepillosypastaparalosdientes—

dijoPaula,sindudaporqueenesemomentoteníalosojosfijosenlabocazadeltip

Elgrandullóndejódesonreír.

—¿Esunaindirecta,guapa?

—Disculpe,esoeraloquevendíaantes—

carraspeóPaula,terriblementenerviosa

—AhorarepresentoaCosméticosDalila.

—¡YyoaSansón!—

ladróelgigante,disparandosumanoderechayaferrandoelbrazodelavendedo

Pauladioungrito.

—¡Suélteme!

—Queríastomarmeelpelo,¿eh,preciosa?

—¡No,selojuro!

—

¡Primerotemetesconmisdientes,porquelostengograndes,yluegomehablasd

¿Esquetengocarayodeaplicarmemaquillajes,cremaslimpiadorasdelcutis,y

—¡Yoestabapensandoensumjer!

—¿Enquémujer?

—¡Suesposa!

—¡Soysoltero,nena!

—¿Ynotieneneningunahermana...?

—¡No,soyhijoúnico!¡Nacítanfeoquemimadrenoquisotenermás!

—¿Feo,usted...?

—¿Noteloparezco?

—¡Desdeluegoqueno!—mintiódescaradamentePaula.

—Compárame con alguien, vamos—

pidió el tipo, sin soltarle el brazo derecho.

—Hombre, así, de pronto...

—Si me gusta la comparación, te dejaré ir.

—¿De veras?

—Te doy mi palabra.

Paula pensó unos segundos y dijo:

—Separece usted un poco a Roger Moore.

—¡Sin pitorreo!—ladró CaradeElefante.

—Bueno, he dicho sólo un poco...

—¡Compárame con otro!

—¿Sean Connery...?

—¡Tampoco vale!

—¿Michael Caine...?

—Sigues con el pitorreo, ¿eh, nena?—

barbotó el tipo, apretándole el brazo. Paula compuso un amuecado dolor.

—Mehacedaño...

—¡Losé!

—¿Qué es lo que quiere, partirme el brazo?

—¡Eso es lo que haré, si no haces una comparación sincera!

—¿De verdad quiere que seas sincera?

—¡Lo exijo!

—Muy bien, lo seré. ¡Es usted el vivo retrato de la mula «Francis»!

El gigante soltó un rugido.

—¡Telaganaste, guapa!—

dijo, tirando de ella. Paulase vio introducir a la fuerza en el piso del tipo y sellen

—¡Suélteme, por favor!

—¡Mehasinsultado, morena!

—¡Me exigió usted que fuera sincera!

—¡Porque quería pillarte!—

confesó altiarrón, cerrando la puerta de golpe.

—¡Déjeme, se lo suplico!—gritó Paula—:

¡Tengo que seguir vendiendo cosméticos!

—¡Después!

—¿De qué?

—¡De que me hay adivertido un poco contigo, preciosa!—

respondió CaradeElefante, abrazándola.

Paula vio que el tipo se disponía a besarla en la boca y no dudó en elevar brusca

CaradeElefante bramó de dolor y la soltó en el acto, encogiéndose y llevándose la

—¡Perra! ¡Te voy a...!

Paula le estrelló el malletín en la cara, con toda sus fuerzas, y el tipo cay

Bajó los peldaños de los dedos, sorteó nuevamente la «ensaimada» que el perro

Paula abrió la puerta de su «Ford-Fiesta», se introdujo rápidamente en él, dejó su maletín en el asiento de allado, y, justo en ese momento, surgió una mano tras ella y caía sobre su boca y sus nariz. Lamano, protegido por un guante negro, tenía un pañuelo empapado de cloroformo. Entonces, el tipo que se había ocultado en la parte trasera del coche agarró a Paula. «Fiesta» se ponía en movimiento y se alejaba, conducido por el tipo que había asal-

Emily Ridley tenía veintitrés años, el pelo castaño y los ojos color violeta. Vestía un Emily ravendedora, como Paula Corwin, y representaba también en la Cosmética Sucoche, un «Talbot-Samba» de color rojo, se encontraba estacionado frente al 202 de Monroe Street, la calle que Emily estaba trabajando aquella tarde. Lavendedora había visitado y a todas las viviendas del edificio y descendía a los Almenos, surecorrido por el edificio no había resultado en vano, y eso siempre ar Emily llegó abajo, portando una letina de vendedora en la mano izquierda. En el portal, había ahora dos tipos jóvenes, con pintas de gamberros. Ambos la miraron. Y cómo la miraron...

Prácticamente la desnudaron con los ojos.

Emily se asustó, pues por su aspecto, los tipos eran capaces de desnudarla también. Lavendedora sintió de eso de irse nuevamente para arriba, pero se dijo que no lo hara mejor intentando cruzar el portal.

Si conseguía alcanzar la calle, le sería mucho más fácil librarse de los tipos, así como los gamberros, como ya se temía Emily, le cerraron el paso, por lo que la muchacha —Dejadme pasar— pidió.

—¿Tienes prisa, encanto?—

preguntó el tipo de la derecha, que llevaba un aroma de sudor en su oreja izquierda.

—Sí, bastante— respondió Emily.

—¿Sabes que tienes unas piernas preciosas...?—

habló el otro individuo, que le daba un bigote al Fu-Manchú.

—Por favor, dejadme salir— insistió la vendedora.

—Tengo que seguir trabajando.

—Si te muestras cariñosa con nosotros, te dejaremos pasar— dijo el tipo dependiente.

—De eso, nada— se negó Emily.

—Nos conformamos con un beso— sonrió el del feo bigote.

—No hay besos.

—Sinonoslodasporlasbuenas,telotendremosquerobar,preciosa—
amenazóeldelaroenlaoreja.

—Yentoncesnonosconformaremosconunbeso—
añadióeltipodelbigote.

Emily,convencidayadelasintencionesdelpardeindividuos,losatacóconsum
Manchú,yeltipocasisetragaelbigote.

Gritó,naturalmente,porqueelgolperesultómuydoloroso,yselevólasmanos.

Emilyintentógolpearalotrogamberro,peroeltipodelpendientereaccionócon

—¡Amíno,cariño!—dijoelindividuo.

Emilyquisoarañarlelacaraconsumanoderecha,peroeltipolesujetótambiéne
—¡Quieta,gatita!

Emily,envistadequenopodíadefenderseconlasmanos,utilizólospies.Leatizó

Eltipoaullódedolor,peronosoltóalavendedora.Emily,sindudarlounsegundo

—¡Toma,otraracióndelomismo!—dijo,cuandodisparabalapierna

Elgamberroaullódenuevoysederrumbó,soltandoalamuchacha.

Emilysedisponíaa saltarporencimadeél,paraganarlacalle,cuandoelotroindi

Lavendedorachilló.

Habíaperdidoelmaletínenlacáida,asíquenenopudousarlocontraelbigotudo,q

—¡Ahorasabrásloqueesbueno,tigresa!

Emilyluchóporquitarse de encima,peroelbigotudolesubióbruscamentelabl

Naturalmente,suspechosahabíanquedadovisibles.

Emilyintentóbajarselablusa,porqueadivinabaloqueibaapasar,peroeltipole

Elotrogamberro,eldelaroenlaorejazurda,gateóporelsueloydijo:

—¡Yolesujetarélosbrazos! ¡Túarráncalelasbragasyviólala!

—¡Deacuerdo!

—¡Luegomedivertiréyo!

—¡Encárgatedequenogrite!

Eltipodelpendiente,ademásdesujetarlosbrazosdelavendedora,leapretólab

Manchú,levantóbruscamentelafalditadeEmilyysedispusoaarrancarleelros

Lajovenpataleócondesesperación.Eraloúnicoquepodíahacer.

Y,desgraciadamente,agitarlaspiernasconfurianoserviádenada.

RodBademan, agente de Scotland Yard, conducía su «Chrysler» por la calle en la
Rod contaba treinta años de edad, tenía el pelo oscuro, y las facciones agradables. Era
un tipo alto, fuerte, atlético, y vestía un traje claro, fresco y ligero. La camisa, de
El «Chrysler», de color azul brillante, siguió rodando por Monroe Street. Cuando
Frenó inmediatamente su coche y saltó de él, corriendo hacia el 202.
Cuando alcanzó el portal, vio a Emily tumbada en el suelo, con el rostro cubierto.
RodBademan sintió que la sangre le ardía en las venas.
—¡Quietos, canallas!—rugió, y se lanzó sobre la pareja de violadores.

—¡Cuidado,Bobby!—

gritóDave,queasísellamabaeltipodelaroenlaoreja.

Bobby,eldelbigotealoFu-

Manchú,seolvídomomentáneamentedelasbraguitasdelavendedoraysevolv

EltipointentógolpearaRodBademan,peroésteleatizóunpatadónenlascostill

Davenotuvomásremedioquesoltaralavendedora,parapoderhacerfrentealm

IbadirectoalrostrodeRod,peroelagenteapartólacabezaatiempoyelpuñodel,

Elgamberroseestrellócontralapared,peronollegóacaeralsuelo,porloqueRo

Bademanfuehaciaél,paraseguirgolpeándole.

Mientrastanto,EmilyRidlersehabíabajadolablusadetirantesdescubriendos

Lavendedorasefijóenelhombrequetanoportunamentehabíasalidoensudefensa,

ylapareciócapazdedarsumerecidoalaparejadesuciosvioladores.

Demomento,eldelbigoteserevolcabaporelsuelo,agarrádoselascostillas,ye

Daveintentógolpearalagente deScotlandYard,perovolvióafallar,porqueelp

Rod,despuésdeburlarelgolpe,dejóirelpuñoderechoyleincrustólosnudillosenel

pómuloaltipo.Inmediatamentedespués,leclavólazurdaenelestómago,conla

Davesedobló,soltandounbramido,yseagarrólastripas.

Habíacerradolosojos,apretadamente,acausadeldolor,yesoleimpidióverqu

Losdurosnudillosdelagente fueron aestrellarse,precisamente,enlaorejadel

gamberro.

¡Yledejaronsinpendiente!

Daveaullócuandoelarometálicoledesganóellóbuloyse saliódelaoreja,cayen

—¡Cuidadoconelotro!—gritóEmily,alverqueeldelbigotealoFu-

Manchúseestabaincorporando.

Ellatambiensehabíapuestoenpieyestabarecuperandosumaletín.RodBadem

Bobbyleatacófuriosamente,peroelagente deScotlandYardburlósupuñoconl

Cayóalsuelo,naturalmente.

Ychillandocomounarata,además.Teníalabocadestrozada.

Davesedijoqueconlospuñosnoteníannadaquehacerfrenteauntipotandiestroy

tandurocomoRod,asíquesellevólamanoalbolsillotraserodesusvaquerosyex

Laaccionóylahojadeacerobrotóinstantáneamente,despidiendouncentelleo

—¡Elotrotipohasacadounanavaja!—advirtió.

RodBademanseencaróconelgamberro,queyaseestabairguiendo.

—Guardaeso,estúpido—ordenó.

—¡Entuvientre,hijodeperra!—

ladróDave,yleatacóconlanavaja.Emilygritódenuevo.

Rodsaltódelado,muyágilmente,ylanavajasólopinchólaatmósfera.Dave,trasel

fallo,quisoencogerrápidamenteelbrazo,peroelpolicíaseloatrapóconunvelo

Elgamberrodiunchillidodedolor.

—¡Sueltanavaja,imbécil!—

ordenóRod,subiéndolelamanohastacasilanuca.

EldolorqueDavesentíaenelhombroseacentuódetalmanera,queladislocació

Rodlehizodarlavueltayleconectóunderechazoalmentón,enviándolonuevar

Bobby,ciegodedolorydefuria,recurrióambiénelanavajaderesortequellava

—¡Tevoyallenardeagujeros,bastardo!—rugió,yselanzóhaciaadelante.

AEmilyseleescapóotrogritodeterror,perosetranquilizócuandovioqueelpoli

Elbigotudoemitióungritoysoltóinmediatamentelanavaja.

Seagarróelbrazoderecho,creyendoqueloteníaroto,porqueledolíaterriblem

Daveaúnseguíaconsciente,peronoteníaganasdeseguir luchando,porqueled

Noloconsiguió,porqueRodleatizóunpuntapiéeneltraseroylo hizocaerdebru

Fueelfindelapelea.

YdelasfechoríasdeDaveyBobby,almenosdurantelospróximosaños,porque

Casinada.

Emily Ridler se hallaba a sombreada por la facilidad con que su defensor había reido de los mejores, además.

Rod Bademan se frotó los nudillos, ligeramente despellejados, y se volvió hacia

—¿Se encuentran bien?

—Sí.

—Me alegro.

—Intervinó usted muy a tiempo, señor...

—

Mellamo Bademan; Rod Bademan. Y pertenece a Scotland Yard. Emily respondió

—¿Espoliciá...? Sí.

—¡Poreso están buenopeleando!

Rodsonrió.

—¿Cómo se llama usted?

—Emily Ridley. Soy vendedora.

—¿Qué pasó, Emily?

Lajo ven selo refirió en pocas palabras.

—Menos mal que en ese momento pasaba yo por aquí—dijo el agente.

—Sí, resultó providencial—asintió Emily

—, Sinollega a intervenir usted, los tipos me habrían violado.

—Ír a la cárcel, por cerdos.

—Le esto y muy agradecida, señor Bademan.

—Eramideber defenderla, Emily.

—

Lohizo muy bien. Admirablemente bien. Jamáshabía visto pelear a nadie así. So

Rodsonrió de nuevo, antes de cogerle el brazo con suavidad.

—

Vamos a mi coche, Emily. Tengo que avisar para que vengana hacer se cargo de

—dijo.

—Sí, eso es lo que son, un par de ratas inmundas—

estuvo de acuerdo la vendedora, y se dejó llevar por el agente de Scotland Yard.

Rod Bademan, haciéndoselo del radio que le llevaba instalada en su Chrysler, se puso a patrullar al 202 de Monroe Street.

A los pocos minutos, el coche-patrulla llegó a baylos policíase hacían cargo de Davey

Bobby. Cuando les colocaron a las esposas, los tipos seguían inconscientes.

Laparejadevioladoresfueronintroducidosenelvehículopolicial,queseguida
—
PorlamanñanatendráquepasarseustedporelDepartamento,Emily,parafirmar
—dijoelagentedeScotlandYard.
—Loharéconmuchogusto,señorBademan.
Rodmirósureloj,comprobandoquepasabanyaalgunosminutosdelassiete.
—¿Haterminadodetrabajar,Emily?
—Porhoy,sí—respondiólavendedora
—Notengoganasdehacerunasolavisitamás,despuésdeloocurrido.
—¿Quéleparecesicenamosjuntos?—
sugirióelpolicía.Lajovenrespingódealegría.
—¿Cenarjuntos,dice...?
—Sí.
—¡Encantada!
—Vamos—sonrióelagente,cogiéndoladelbrazo.

El «Ford-

Fiesta» de Paula Corwin se detuvo frente a un viejo caserón ubicado en las afueras de Lavender. Ella se agachó para bajar el nivel de los vidrios del cloroformo, así que el individuo salió tras ella. Semetiéndole el mano en el bolsillo del pantalón, extrajo un allave, y lo introdujo en la cerradura. El tipo entró en la casa y encendió las luces del vestíbulo, muy largo. Después, volvió.

El individuo la agarró y la sacó del vehículo, echándose la seguridad encima.

El tipo se volvió hacia ella. Luego, cerró la puerta del coche y entró en el caserón. El tipo depositó en ella a Paula Corwin, boca arriba, y empezó a oprimir los botones del panel.

Por un instante, los ojos del sujeto brillaron con fuerza.

Se habían clavado en los redondos de Paula, brevemente cubiertos por el labio.

Sin embargo, apenas tuvo tiempo de rozar los suaves pechos de la vendedora, por lo que se detuvo.

Sus ojos, ahora, ya no brillaban. Se habían vuelto inexpresivos, como antes de haberla tocado.

Incorporó ligeramente la muchacha y le quitó la blusa, dejándola caer al suelo.

La visión de la torreada de las piernas de Paula, de sus magníficas caderas, de sus omóplatos,

Estavez, sin embargo, suman no se movió.

El individuo se limitó a contemplar el hermoso cuerpo de la vendedora. Paula le dio la espalda.

El tipo le quitó ambas cosas y se las guardó en el bolsillo.

A continuación, cogió a la vendedora y volvió a echarse sobre su hombro izquierdo.

La abrió, accionó el interruptor de la luz que se veía en la pared, y la escalera se iluminó.

Un sótano lúgubre. Húmedo.

Siniestro.

Estaba débilmente iluminado, pero podía verse perfectamente el gigantesco torso del individuo.

metálico que se hallaba ubicado en el mismo centro, repleto de cal viva. Un arata
El tipo le dio una patada y le roedor voló por los aires, chillando agudamente. Des
Y delaviga pendía una cuerda.

Pegada al tonel, había una escalera de madera, bastante más alta que él. El tipo su
La cuerda quedaba al alcance del individuo, que la utilizó para atar las manos de la v
Sus pies desnudos estaban a medio metro escasos del tonel. Y de la cal viva, claro.

El cuerpo casi desnudo de Paul se balanceaba suavemente. Sus cuestradores son

Ahora sólo faltaba que la vendedora volviera en sí y vieradónde se encuentran y en

qué condiciones.

—Espero que no se muera del susto. Me estropearía la diversión—
dijo el tipo, y se bajó de la escalera.

Otra ratapaso cercadesuspies.

El individuo disparó el izquierdo, pero en esta ocasión falló la patada.

—La izquierda no es mi pierna buena, está visto—

rezongó, y caminó hacia la escalera del sótano, desapareciendo por ella.

Rod Bademan llevaba a Emily Ridley hacia su «Chrysler».

Cuando lo alcanzaron, la vendedora se volvió hacia su «Talbot-Samba» y preguntó:

—¿Qué hacemos con mi coche, señor Bademan?

—Vendremos por él cuando hayamos cenado—respondió el policía.

—¿Dónde vamos a cenar?

—En un restaurante, naturalmente.

—No es justo.

—¿El qué?

—

Pues, que además de salvarme de los violadores, tenga usted que invitarme a cenar.

—¿Quiere pagar usted la cuenta, Emily...?

—No, sé que es no lo permitiría usted.

—Después de eso.

—Pero si cenamos en mi casa...

—¿En su casa?

—¿No le gusta la idea?

—Sí, pero...

—Soy una buena cocinera, señor Bademan. Acepte y se lo demostraré.

—De acuerdo—sonrió la gente de Scotland Yard.

—Sígame en su coche, señor Bademan.

—Muy bien.

Emily corrió hacia su «Talbot», se introdujo en él, y lo puso en movimiento. Rod,

*** Paula Corwin entreabrió los ojos.

Los efectos del cloroformo habían pasado y la vendedora estaba recobrando la

consciencia, aunque ella, en principio, pensó que no, que seguía dormida y que

Yes que no podía admitir que aquello fuese real.

El siniestro sótano, el enorme tonel, llenos de cal viva, ella cogiendo un navaja,

¿Cómo admitir que todo fuese auténtico? Era demasiado espantoso.

Demasiado terrorífico.

Demasiado escalofriante.

todo eso empezó a sentir Paula Corwin. Espanto, terror, escalofríos...

Yes que ya no estaba segura de que fuese una pesadilla.

Recordaba que había sido asaltada por alguien en su coche, cuando se disponía a

Y recordaba, también, el fuerte y penetrante olor del cloroformo. Después, nada.

Sedurmió y... despertaba allí, en aquel lúgubro sótano, suspendida de un navaja,

El terror de Paula se acentuó.

Había admitido ya que no estaba sufriendo una pesadilla, que todo aquello era

¿Para qué...?

Paula sólo podía pensar en una cosa. En la muerte.

El tipo que la asesinó.

Y hacerla sufrir, antes de acabar con ella.

Llenarla de terror, de pánico, de angustia, de desesperación.

¿Por qué...?

Paula no lo sabía.

¿Cómo iba a saberlo, si no había visto la cara del hombre que la asaltó y la secuestró?

Parecía, desde luego, una venganza.

Una venganza cruel, diabólica, despiadada.

Paula forzó su cerebro, pero no dio con el nombre de nadie que tuviera motivos

suficientes como para desear acabar con ella. Y menos, de una manera tan horrible. De pronto, Paul vio que algo se movía en el suelo, cerca del tonel. Se fijó y vio que Grande. Gorda. Asquerosa.

Paul se estremeció de pies a cabeza.

—¡Nooooooooo...!—

chilló, presa de un horror indescriptible, al tiempo que se agitaba en el aire.

Al moverse de aquella manera, la viga que la sostenía se crujía. Paul dejó al instante.

Había escuchado el crujido. La viga podía partirse.

Y si eso sucedía, Paul se precipitaría sobre el tonel y la cal viva la engulliría, acabando con ella.

Emily Ridley vivía en Fulton Avenue. En el 318, exactamente.

Su apartamento, el 22-

C, situado en la cuarta planta, era más bien pequeño, pero moderno y acogedor. I

—Pase, señor Bademan.

—Prefiero que me llame Rod—

dijo el agente de Scotland Yard, entrando en el apartamento.

—Muy bien, Rod—sonrió Emily, y cerró la puerta

—. Pasemos al living y le serviré una copa. Así tendrá con qué entretenerse, mien

—Buena idea—sonrió también el policía.

Fueron al living.

—Quítese la chaqueta y póngase cómodo, Rod—indicó Emily.

—¿No se asustará?

—¿Asustarme?... ¿Por qué?

—Llevo la pistola debajo. La vendedorarió.

—Mientras no la use contra mí...

—Quizá lo haga, si la cenano resulte de mi agrado—bromeó el agente.

—¿Será capaz de pegarme un tiro por eso...?

—Seguro.

—¡Tendré que esmerarme, pues!—volvió a reír Emily.

Rod unió su risa a la de ella y se despojó de la chaqueta, dejándola en un sillón. Su a

Emily se hallaba ya delante del pequeño mueble-bar.

—¿Qué le sirvo, Rod?

—Whisky.

—¿Con hielo? Sí.

—Vale.

Emily cogió la botella de whisky y sirvió un par de copas, entregándole una al pol

—Su whisky con hielo, Rod.

—Gracias.

—Yome tomaré el mío en la cocina.

—Siéntese un momento, Emily—rogó Rod.

—Sinome pongo a trabajar, cenare más tarde.

—No importa. Yo no tengo prisa.

—Yo tampoco—sonrió la joven, y se sentó a su lado.

El policía le miró un instante las piernas, generosamente exhibidas a causa de la

brevedad de la falda, y después alzó su copa.

—Brindemos, Emily.

—¿Por qué?

—Porque sigamos viéndonos, después de esta noche.

—

Pormí, encantada. Soy soltera y no tengo novio, así que nadame impides salir con

—Lomismo me ocurre a mí.

—Soltero y sin compromiso también, ¿eh?

—Sí.

—Ya estamos brindando, pues.

Hicieron entre chocar ligeramentes sus copas e ingirieron sendos sorbos de whisky.

—Creo que debemos tutearnos, Emily.

—Sí, yotambién. Si vamos a ser buenos amigos...

—Nolodudes—

dijo Rod, y labesó en los labios, con su avidad. Los azules ojos de Emily brillaron.

—Gracias, Rod.

—¿Por qué?

—Por todo—

respondió la vendedora, y ahora fue ella la que besó al policía, también con su avidad.

Volvieron a mirarse.

Rod posó su mano en el muslo derecho de la joven y se lo acarició suavemente.

—

Megustas, Emily. Nos sólo eres bonita, sino agradable, simpática y cariñosa. Ojalá

—Tú a mí también me gustas, Rod—

confesó la vendedora, alzando la mano y acariciándole el rostro.

El agente le besó la mano y después buscó sus labios.

Unieron nuevamente sus bocas y las mantuvieron así casi dos minutos, mientras

—Me voy a la cocina, Rod.

—Quédate un poco más.

—No, tengo que preparar la cena.

—Me apeteció más besarte y acariciarte que comer.

—

Me siento muy halagada, pero no se puede vivir sin comer, así que te dejo

—sonrió la muchacha, poniéndose en pie.

El agente tiró de su mano suavemente.

—Emily...

—Después de cenar, ¿de acuerdo?

—Está bien—suspiró Rod, y la dejó ir.

El escenario de Paula Corwin había vuelto a Poplar Street, en el «Ford-Fiesta» de la

vendedora. Lo estacionó frente al 110 y salió del vehículo, alejándose tranquilamente. Ascona» decolor verde metalizado. Era el coche del secuestrador. Con él había

Allí le viera en el «Ford-Fiesta», tuvo necesariamente que dejar en Poplar Street su

«Opel-Ascona» y volver a su casa por él.

El tipo se introdujo en su coche, lo puso en funcionamiento, y regresó al apartamento.

Bajo silencio, se le ocurrió el plan, para no ser oído por la vendedora, al que iba

Paula se balanceaba suavemente sobre el enorme tonel de cal viva, estremecida

Una muerte horrible, por la que la cal viva haría desaparecer por completo su cuerpo.

De vez en cuando, una ratita cruzaba cerca del tonel, acentuando el horror del lugar.

Su secuestrador se dejó oír

—Hola, Paula.

La muchacha respingó en laire y miró hacia la escalera del sótano, descubriendo

El individuo se aproximó, con una fría sonrisa en los labios. Paula se fijó bien en él.

No lo conocía.

Era la primera vez que veía a aquella cara, locualladesconcertó bastante, por que

¿por qué la había secuestrado y colocado en aquella situación tan desesperada,

El desconocido se detuvo a sólo un par de metros del tonel.

—Te estás preguntando quié soy, ¿verdad?—dijo.

—Sí—respondió la vendedora, quedamente.

—Y por qué te he puesto ahí, ¿no?

—También.

—

Lo primero que notó al decirlo. Y no por que tema que medelates a la policía, pues se

Paula Corwin tuvo un profundo estremecimiento.

—¿Piensas matarme?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué tiene contra mí?

¿Qué le he hecho yo que merezca una venganza tan espantosa...?

—

Tú no me has hecho nada, Paula. No tengo absolutamente nada contra ti, te lo ase

—¿Entonces...?

—Representas a Cosméticos Dalila, ¿no?

—Así es.

—Poreso vas a morir, Paula.

—¿Por trabajar para Cosméticos Dalila?

—Sí.

—¡Pero esoes absurdo!

—No paramí, Paula.

—¿Qué tiene contra Cosméticos Dalila?

—

Muchas cosas. Las suficientes como para darte a hundir a la empresa. Quiero arruinarla.

—¿Asesinándome a mí...?

—A toda sus vendedoras.

Paula Corwin se estremeció de horror.

—¡Está loco!—gritó.

—

Tú no serás la primera, Paula. He matado ya a otra vendedora de Cosméticos Dalila.

Paula tuvo un fallo cardíaco.

Su cuerpo estaba frío, helado, gélido, tanto por fuera como por dentro. Y sin embargo...

¿Cómo era posible...?

¿Acaso el terror intenso hacía transpirar, aunque uno sintiese frío...?

¿La proximidad de la muerte...?

¿El saber que aun le quedaban sólo unos instantes de vida...?

Paula, con las facciones desencajadas, suplicó:

—No me mate, por favor.

—

Tengo que hacerlo, preciosa. Es mi plan para hundir a Cosméticos Dalila. Acaba.

Paula Corwin tragó saliva con dificultad.

—Y sólo le llevabas unas semanas en la empresa...—informó.

—José.

—

Dejaré de trabajar para ella mañana mismo, si me deja usted en libertad. Selo

prometo.

—Site soltara, irías corriendo a Ir policía.

—

No le delataré, selo juro. Además, no sé un nombre, ni dónde está esta casa...

—

Perote he revelado mis planes. Y no me conviene que la policía los conozca.

—¡No diré nada, créame! ¡Sólo quiero vivir!

—

Lo siento, Paula. Firmaste tus sentencias de muerte el día que empezaste a trabajar.

—¡No es justo! ¡Y no le he hecho nada a usted!

¡Sólo tengo veinticuatro años y quiero seguir viviendo!

¡No quiero morir...! —gritó la vendedora, con desesperación.

Su secuestrador se metió la mano en el bolsillo, extrajo una navaja de resorte, y la

—Voy a cortarle la cuerda, Paula—

dijo fríamente, y empezó a subirla la escalera de madera que permanecía pegada a

RodBademanyEmilyRidleyhabíanempezadoyaacenar, enelcomedor, queno

—¿Quétal,Rod?—preguntóella.

—Sencillamentedelicioso,Emily—
respondióelagente deScotlandYard.

—¿Deverdadteparecetanbueno...?

—Pocasveceshecomidoalgotanexquisito,créeme.—

Entonces, noharásusodetuarma...—bromeóEmily.

—No, acabasdesalvartuvida.

—¡Menosmal!Rieronlosdos.

Después,Rodpreguntó:

—¿Quéesloquevendes,Emily?

—Cosméticos.

Elagente se quedómirándola.

—¿Hasdichocosméticos?

—Sí.¿Teextraña...?

—No,noeseso.

—¿Porquéponesesacara,entonces?

—¿Paraquéfirmatrabajas,Emily?

—Dalila.

—¿CosméticosDalila...?—respingólevementeelpolicía.

—Sí.

—Quécasualidad.

—¿Porquédiceseso?

¿ConocesaalguienquetrabajeparaCosméticosDalila,Rod?

—

Personalmente,no.Perosédealguienquevendíasusproductos,comotú.Lachi
Ydesaparecióhacetresdías.

—¿Quedesapareció,dices...?

—

Sí,misteriosamente.Laestamosbuscando,pero,porelmomento,sólohemosh

—¿Nolepasaríaloqueamí...?

—¿Terefieresalostiposqueteeasaltaronenelportal?

—Sí.

—Nosé.

—

Amíqueríanviolarme,Rod.Ylohubieranhecho,denosalirtúenmidefensa.Qu

—

Lahubierandejadotiradaenelsuelo,despuésdeabusardeella,ysehabríanlarg

—Bueno,quizáhicieronalgomásqueviolarla...

—¿Matarla,después,yocultarsucadáver?

Emily se estremeció visiblemente.

—Ojalá que no, pero...

—Será cuestión de interrogarles.

—Al mejor latín en secuestrada, Rod.

—

Sí, esos individuos tienen algo que ver en la desaparición de Sharon Kent, lo confieso.

—dijo el agente, y siguió cenando.

Emily le imitó, en silencio.

Lo del misterio de la desaparición de Sharon Kent, vendido como el llado de Cosméticos.

Dalila, la había dejado hondamente preocupada.

***Paula Corwin se sintió desfallecer.

¡El tipo que quería hundir a Cosméticos Dalila iba a cortar con su navaja la cuerda que

la mantenía suspendida delaviga!

¡Caería al gigantesco tonel!

¡La cal viva se la tragaría...!

Los ojos de la vendedora, desmesuradamente abiertos, reflejaban un espanto in

En cualquier de los casos, se precipitaría sobre la cal viva y sería el fin. Pero se pre

—¡Socorro...!—chilló, desesperada. El tipo sonrió gélidamente.

—

Es inútil que pidas ayuda, Paula. Nadie puede oírte, tu voz no atraviesa las gruesas

La vendedora enmudeció, pero no por lo que acababa de decirle sino, sin po

Por la misma razón, dejó de agitarse.

Quería vivir un poco más.

Y, para ello, lo mejor era hablarle al asesino. Suplicarle que no cortara la cuerda.

El tipo se hallaba en lo alto de la escalera y estaba levantando la mano derecha,

—¡No, espere!—pidió Paula.

El asesino detuvo su brazo y la miró.

—¿Quieres decirme algo, Paula?

—¡Sí!

—Habla.

—Dame una oportunidad, por favor.

—Después de tu vida, no tienes ninguna.

—Esolodecidirádespués.

—¿Despuésdequé?

—Dehaberhechoelamorconmigo.Eltipolevantólascejas.

—¿Meestásproponiendoqué...?

—

Nosoyfea.Yestoybiendeformas.Simebajadeaquíymellevaaunacama,haréto

—¿Yluego...?

—

Comohedichoantes,usteddecidirá.Sideseapasarlootrazvezbienconmigo,ma

Elasesinoemitióunarisita.

—Eresunaputita,Paula.

—¿Legustamicuerpoono?

—Desdeluego.

—Entonces,demelaoportunidadquelepidio.

—No,nopuedo.

—Nosearrepentirá,seloaseguro.

—Losiento,Paula.

—Quítemeelsujetador.

—¿Qué?

—Quieroqueveamisquechos.

—Esonocambiarálascosas,Paula.

—Yaveremos.

—Estábien,tecomplaceré—

accedióelasesino,yconlapuntadelanavajahizosaltarelpequeñosujetador,qu

Paulamiróhaciaabajoyvioquelaprendadesaparecía,tragadaporlcalviva,a

Lavendedoranopudoevitareunestremecimiento.Elasesinoemitióotrarisita.

—Yaestásconlospechosal aire,Paula.

Lajovenlevantólacabezaylomiró.

—¿Legustan?

—Sí,sonhermosos.

—Acarícieme.

—No.

—¿Quépasa?¿Nolegustanlasmujeres...?

Elasesinolesoltóunfurioso revésconsumanoizquierda.

Pauladioungritoyempezóasangrarporlacomisuradelaboca.

—¡Cobarde!

—¡Put!

—¡Marica!

Elasesino,másfuriosoaúnqueantes,lediounpuñetazoenelestómago.

Paula gritó de nuevo y encogió el cuerpo, pero no volvió a insultar al tipo, porque
El asesino, sin perder un solo segundo más, levantó la navaja y la aplicó al cuerpo.
Se bajó rápidamente de la escalera y se retiró un par de metros del tonel, diciendo
—¡Le he hecho un corte al cuerpo!
¡El peso de tu cuerpo se encargará del resto, zorra!
—¡Sádico! ¡Asesino! ¡Criminal! —
volvió a insultarle Paula, con lágrimas en los ojos, porque el puñetazo en el estómago
—¡Sigue balanceándote, perra! ¡Yate quedapoco!
Paula oyó cómo el cuerpo se iba desgarrando poco a poco y emitió un grito angustioso.
Hubiera querido detener el balanceo de su cuerpo, porque sabía que con ello pre-
—¡Nooo! — chilló Paula, cuando se precipitaba sobre la cal viva, que se la tragó en
un santiamén.

Rod Bademany Emily Ridley habían terminadodecenary habíanvueltoallivin

—Excelentetambiénelcafé, Emily.

—Gracias.

—Serásunap perfectaamadecasa, cuandotecases.

—Sólo Diossabecua ndoseráeso. Nisiquieratengonovio...

—Sospechoquelovasatener muypronto.

—¿Enserio...?

—Yo.

—¡Rod!

Elpolicíalabesóypreguntó:

—¿Meaceptarás, Emily?

—¡Sindudarloniunsegundo!—

respondiólajoven, echándolelosbrazosalcuello. Rodlaabrazóconfuerzayvol

Depronto, Emilyemitióungrititododolor.

—¿Quéteocurre...?—preguntóelagente, extrañado.

—Miespalda.

—¿Quélepasaatuespalda?

—

Mehadolido, cuandomehasestrechado. Debedeseracausadelacaídaquesufrí

—Déjamecharunamirada.

—Perosóloamiespalda, ¿eh?

—Tedoymipalabra—

sonrióelpolicía. Emilysepusodeespaldasaéleindicó:

—Puedeslevantarmelablusa.

Rodlohizo, descubriendolasuaveespaldadelavendedora.

—¿Tengoalgúngolpe?—preguntóEmily.

—Noveonada.

—Puesteasesguroquemedolióbastante, cuandomeabrazaste.

—¿Dónde, exactamente?

—

Pasalamanopormiespalda, oprimiendosuavementeconlosdedos, ylosabré. E

Aloprimirlaespaldafemenina, tersaycálida, porcuartavez, Emilysearqueólig

—¡Ahíesdondemeduele, Rod!

Elpolicíaretinólosdedosdeesepuntodelaespaldadelavendedorayloexaminó

—Notienesningunaseñal, Emily.

—¿Seguro?

—Tedoymipalabra.

—¿Porquémeduele, entonces?

—

Algúnmovimientobrusco, talvez. Cuandoluchabasconlaparejade violadores

—Sí, esodebióser.

—¿Quieresquetedéunosmasajes?

—Bueno.

—Traeelfrascodealcohol.

Emilyselvantódelsofáyfuealcuartodebaño, encuyoarmarioguardabaelbot

—Aquítienes—

dijo, entregándoseloalagenteysentándosedenuevoenelsofá. Volvióadarlela

Lablusa sehabíabajado, porloqueRodsela levantódenuevo.

—¿Porquénotelaquitas?—sugirió.

—¿Lablusa?

—Sí.

Emilylemiróporencimadesuhombroderecho.

—Eresundescarado, Rod. Elpolicíacarrapeó.

—Bueno, yolodecíapor...

—

Séporquélohasdicho, sinvergüenza. Quieresvermelospechos, parasabersilos

—

Séquelostienespreciosos. Telosvicuandoentréenelportal, porqueteníaslablu

—recordóRod.

—¿Ytuvistetiempodefijarteenmissenos...?

—

Bueno, lesechésólounamiradafugaz, pero bastóparasaberqueposeesunbusto

Emilysonrió, halagada.

—Notengomásremedioquedartelasgracias.

—¿Tequitaslablusaono?

—¿Esverdadquevamosasernovios, Rod?

—Desdeestanoche, sitúquieres.

—Enesecaso, nomeimportaquitar melablusa.

Emilysedespojódeella, deespaldaalpolicía, y cruzólosbrazossobresupecho

—Yapuedesempezarconlosmasajes, Rod.

—Enseguida—

sonrióelagente, yseechóunpocodealcoholenlapalmadesumanoizquierda.

Comenzóamasajearlatibiaespalda defemenina, consuavidad.

—Notesalgasde laespalda, ¿eh?—advirtióEmily.

—Descuida—

rióRod, y depositóuncálidobesoensuhombroderecho. Lavendedoraseestrem

—¿Quéhaces?

—Tienesunos hombrospreciosos, ¿nolosabías?—dijoelpolicía, ylebesóelotro.

—

Oye, esonoestabaenelprograma. Teníasquedarmemasajes, nobesos.

—Perocomoyasomosnovios...

—Eresuncarota.

—Megustasmucho, eso es lo que pasa—

aseguró Rod, y le dio un nuevo beso, esta vez entre los omóplatos.

Emily volvió a estremecerse.

—Oh, Rod...—

murmuró, cerrando un instante los ojos y echando la cabeza hacia atrás. Elagen

—Pedazo de bribón...—

dijo ella, pero levantó un poco los brazos, para que Rod pudiera alcanzar subusto

Las manos del agente se olvidaron definitivamente de la espalda y se posaron en

La muchacha ahogó un gemido de placer.

—Yatienesloquequerías, ¿no?

—Sí—sonrió Rod, y la besó en el cuello.

—No debí fiarme de ti.

—Un novio si siempre debe fiarse de su novio.

—Es que tú vas muy de prisa, Rod.

—Quiero recuperar el tiempo perdido.

—¿Tiempo perdido...?

¡Pero si no hemos conocido esta tarde y ya me tienes en tus brazos desnuda decin

—

Sin o hubiéramos conocido hace un año, te habría tenido y a docenas de veces as

—Ya.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche, Emily?

—Bueno.

—¿Seguro que lo deseas?

—Sí, también yo quiero recuperar el tiempo perdido—

confesó la vendedora, ladeando la cabeza y ofreciéndole los labios.

Y Rod se apresuró a besarla, claro.

Por la mañana, alrededor de las nueve, Rod Bademan y Emily Ridley subieron en Lavendedora, después de firmar su declaración, inició su jornada laboral, tras la Rod, por su parte, empezó a interrogar a Davey Bobby, la pareja de gamberros que. Después, el agente abandonó el Departamento y siguió investigando los misteriosos desaparecidos del lavendedor de Cosméticos Dalila. Entonces, se reunió con Emily.

Habían quedado citados en un popular restaurante.

Almorzaron juntos y conversaron, informando a Roda Emily de que la pareja de v-

—¿Seguro que dicen la verdad, Rod?

—

Sí, no tengo la menor duda. Les apreté bien las clavijas. Si se sostipos hubiesen sa-

—respondió el policía.

—Entonces, el misterio continúa...

—

Así es. Pero encontraremos a Sharon Kent, y a lo verás. Es sólo cuestión de tiempo.

—Tecreo.

Siguieron almorzando.

Cuando terminaron, cada cual volvió a su trabajo.

Emily, como de costumbre, se esforzó por conseguir pedidos, y Rod reanudó la in-

Es a misma tarde, era denunciada una nueva desaparición. La de Paula Corwin.

Cuando le fue comunicada, por radio, a Rod Bademan, éste frunció el ceño.

—

Otra vendedora de Cosméticos Dalila desaparecida... Y en el espacio de tres días.

Cuando tuvo todos los datos sobre Paula Corwin, el agente se dirigió a la zona que Ylo encontró.

Estacionado frente al 110 de Poplar Street.

Rod tuvo su «Chrysler» detrás del «Ford-

Fiesta» de Paula Corwin y se apeó. Echó una mirada al coche de la vendedora, el c-

No halló nada en su interior.

Ni siquiera el maletín de la vendedora.

TodoigualqueenelcasodeSharonKent.

Rodseintrodujoenelportaldeledificio numerado con el 110, vio que el viejo

La «ensaimada» depositada por el perrazo en el primer rellano, continuaba allí, pero

yanoestabaintacta. Alguienlehabíapuestoeelpie encimaysehabíapringadoel

Rodtuvolasuertededescubrir laatiempoynolapiso, alcanzandola primerap

Elquesonabaatrompetabarata. Nadieleabrió.

Rodinsistió, aunque sinningún resultado. Por lo visto, no habíanadie enaq

Elagentediounospasosypulsóeltimbre dela segundapuerta, laqueteníaeln

Leabrióel gigantesco individuo queteníacarade elefante asiático, quien, con

En esta ocasión, sin embargo, supiel no brillaba a causa del sudor, porqueno estaba

realizandoejerciciosfísicos. Laculpalateníaelrodillazo que Paula Corwin leas

No estaba, pues, paragimnasia.

Niparavisitas, ajuzgarporsuexpresión, quenopodíasermásagria.

Rodse dio cuenta de que el tipo tenía la nariz y los labios un tanto hinchados, ya

O con un maletín...

Y Rod, naturalmente, recordó que Paula Corwin, como todas las vendedoras de

Cosméticos Dalila, llevaba un maletín. El grandullón gruñó:

—¿Qué diablos quiere?

—

Estoy buscando a una joven morena. Es vendedora y representa a Cosméticos Dalila.
Fiesta».

El tipo había espingado al oír lo de Cosméticos Dalila.

—Usted debe ser el amigo, ¿verdad? —masculló.

—¿Qué amigo?

—¡El que maneja el «Ford-

Fiesta» de esa zorra, cuando saltó disparado!

—¿Quién saltó disparado?

—¡El coche!

—¿El «Ford-Fiesta» de Paula...?

—¡Sí!

—¿Cuándo saltó disparado?

—¡Ay, tarde!

—¿Y dice usted que lo conducía un hombre...?

—¡Usted! —

ladró el tiarrón, y soltó el puño derecho, estrellándolo en el mentón de la gente de

RodBademannoesperabaqueCaradeElefanteleatacara.

Deahíqueelpuñodeltipolehubieraalcanzadocontantafacilidad,porqueelpo-

¡Yquégolpe!

Elgiganteteníadinamitaenlospuños.

Rodsevioobligadoasacudirlacabeza,paradespejarse.

Menosmalqueloconsiguió,porqueCaradeElefanteparecíadispuestoapisote-

—¡Tevoyaaplastarcomoaunacucaracha!—

dijoeltipo,cuandolevantósupezuñaderecha.

Rodreaccionóconrapidezayagarróelpiedelgigantónenelaire,girándoselocon

brusquedad.

Eltipoaullóyperdióelequilibrio,cayendoalsuelo.Rodlesoltólapezuñayseirg-

—Yonosoyunacucaracha,amigo.

—¡Hijodecincuentaperras!—

rugióCaradeElefante,agarrándoseeltobillo.YesqueRodcasiselohabíadisloc-

Elagenteleapuntóconeldedo.

—Tenemosquehablar,compadre.

—¡Yonotengoganasdehablar!¡Sóloquieropartirhuesos!—

bramóelindividuo,irguiéndosecomounafiera.

—Puesesustedpocobestia...

—¡Tevoyatriturar,mamarracho!—

aseguróelgigantón,ydisparóelpuño.

Estavezfalló,porquenopillódesprevenidoalagente,quienencogiólacabezaa-

ElpuñozurdodeRodbuscóinmediatamenteelhígadodelgrandullón.Yloenco-

Fuemuyfácil,porqueloteníaasuenteradisección,despuésdelfallodelindivi-

Rodensayósuganchodederechayeltiponotuvomásremedioqueenderezarse.

CaradeElefanteentróensupisocaminandohaciaatrás,comoloscangrejos,tro-

Rodentrótambiénenelpiso,cenólapuertatranquilamente,ymiróalgigantón.

—¿Lehantradoganasdehablar,amigo?

—¡Derompercabezas!—

rugióeltipo,cadavezmásfurioso,yseirguiódenuevo.

—¿Esquenoescarmienta,compadre?

—¡No!—

ladróCaradeElefante,yatrapólasillaquelehicieracaerapenasunossegundosa-

Lalevantóyatacóalpolicíaconella.

Rodtuvoquedarunvelozsalto,paraburlareltremendossilletazo.

Alhocarcontraelsuelo,laspatasdelasillasequebraron,loqueaúnenfureción

—¡Suciobastardo!—relinchó.

Rod,decididoaponerfinalapelea,saltósobrelaespaldadeltipo,ledioungolpe

—¿Quéprefiere,amigo?

¿Quélerompaelbrazooquehablemosdelavendedorade

Cosméticos...?—preguntóelagente.

Eltipo,quenopodíaresistireldolordesuhombronieldesuespinazo,serindió:

—¡Deacuerdo,hablemos!

Rod Bademan aflojó la presión que su rodilla ejercía sobre la columna vertebral. Carade Elefante exhaló un suspiro de alivio al ver que remitía considerablemen-

—
Bien, hablemos de Paula Corwiny del tipo que, según usted, conducía su «Ford-Fiesta» —dijo Rod.

—¿No era usted? —preguntó el individuo.

—
No. Yo soy policía y estoy buscando a la vendedora, porque ha desaparecido.

—¿Desaparecido?...

—Sí.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. Pero estoy tratando de averiguarlo.

—
Sideverdad es usted policía, puede soltarme. Le ataqué porque pensé que era la

—¿Por qué la mazorra a Paula?

—
Me atizó un rodillo en las pelotas. Y después me estrelló una letina de vendedo-
Rodreprimió una sonrisa.

—¿Por qué hizo eso la chica?

—
Se burló de mí. De mi cara, de mis dientes... Después de decir que me parecía a Rog-
masculló el tipo.

Rod soltó una risita.

—Diablos con la chica...

—
Quis darle un escarmiento, pero me soltó el rodillo y no pude seguir sujetánd-

—¿Y qué hizo usted?

—Agarrarme las pelotas y las narices. Rod emitió otra risita.

—¿No la persiguió?

—Sí, claro. Yojalá no lo hubiera hecho —rezongó el tipo.

—¿Por qué?

—
Un perro se había caído en el rellano, no vilamierda, y le puse el pie encima.
¡El pie desnudo, porque iba descalzo, como hoy!

Rod no pudo contener la carcajada.

—¿Cuándo sucedió eso, amigo?

—Ay, tarde.

—¿Sobre qué hora?

—Entre las seis y las siete.

—¿Quéhizodespuésdepisar...loquepisó?

—Cagarmeconelperroyconlaperraqueloparió.

—Normal—riódenuevoelpolicía—,¿Yluego...?

—Acabédebajarlaescalera,measoméalacalle,yviarrancaral«Ford-Fiesta».Saliócgandoleches.Yloconducíauntipo,yaselohedicho.Dedujeque

—¿Ylachica...?

—

Aellanolavi.Debióesconderseenelasientodeatrás,paraqueyonoladescubrie

—Describamealtipo.

—

Apenaspudefijarmeenél,notuветiempo.Silehubieravistolacara,nolehabría

—Claro.

—Dehabersabidoqueespolicía...¿Porquénomelodijo?

—Nomedioustedtiempo.

—

Sientohaberlegolpeado,créame.Aunque,enrealidad,yosólolediunpuñetazo
¡Yquégolpes,amigo!

Rodsonrió.

—

Yotambiénsientohabermemostradotanduroconusted,peronotuvemásreme

—Esustedmuybuenopeleando,amigo.

—Gracias.

—Bueno,¿mesueltaya?

—¿Nointentaránada?

—Seloprometo.Noquieroqueemeencierrenporagrediraunpolicía.

—Vale—sonrióRod,yseirguió.

CaradeElefante,alquedarlibre,sediolavueltoylevantósudesnudotorso,qued

—¿Leduele?—preguntóelagente.

—

Claro.Ynoesloúnico.Tambiénmeduelenlosriñones,lespinazo,elhígado,elt
Rodletendiólamano.

—Arriba,amigo.

—Gracias—respondióeltipo,aceptandosuyayuda,ysepusoenpie.

—¿Cómosellama?

—Dobson.

—YomellamoBademan.

—PuesdeberíallamarseSupermán,porsuformadeluchar.Rodrió.

—Yamehedisculpado,Dobson.

—Ynoteníaporqué.Yoempecélapelea,asíqueyomelobusqué.

—Bien, tengo quemarcharme.

—Antes quiero que me aclare algo, Bademan.

—¿El qué?

—Dijiste que el «Ford-

Fiesta» de la vendedora de cosméticos está abajo, ¿no?

—Enefecto.

—Y que ella ha desaparecido...

—Así es.

—¿Qué hace su coche abajo? ¿Cuándo volvió?

—No lo sé. Pero tengo una teoría, Dobson.

—¿Qué teoría?

—El tipo que usted vio al volar del «Ford-

Fiesta», no era un ^migode Paula Corwin. Debí sorprenderla, cuando la joven sa

—¿Por qué?

—

Para que pensemos que la chica se encuentra en esta zona de Londres, seguramente

—¿Cuál?

—

Bueno, supongamos que el secuestrador venía siguiendo a Paula Corwin, esper

—En el «Ford-Fiesta» de la vendedora... —murmuró Dobson.

—Claro.

—¿Y por qué secuestraría a la chica?

—

No lo sé. Aunque, en el corto espacio de tres días, ha desaparecido dos vendedo

—¿Dos...? —respingó Dobson.

—Sí —asintió Rod

—, y no creo que sea casualidad que ambas vendedoras representen a Cosméticos.
¿no cree?

—Desde luego.

—Seguiré investigando, Dobson —

dijo el agente, y se despidió de él, abandonándose seguidamente el piso.

Harold Walker, propietario de la empresa Cosméticos Dalila, había cumplido con Vestía siempre con exquisita elegancia, y como no era feo de cara, resultaba de la Legustaba todas.

Bueno, todas... menos la suya.

Se llamaba Jessica y era más fea que abofetear a un padre.

Ella solía decir que no tenía a un rostro agradado, pero Harold, mentalmente, le re-

Ella, en cambio, era hijade un rico hombre de negocios. Por eso se casó Harold con Pordinero.

Quererla, no la había querido nunca, aunque fingía que sí, para tenerla contenta. ¿Que no disfrutaba haciendo el amor con Jessica...?

Bueno, pero si disfrutaba cuando lo hacía con otras mujeres, siempre jóvenes y hermosas. Y ellas insospecharlo.

De ahí que Harold se sintiera tan tranquilo y tan feliz.

Se encontraba en su despacho, sentado en su sillón, y se estaba fumando un excelente

De pronto, la puerta se abrió y Connie, su secretaria particular, entró en el despacho.

De cuelllo para abajo, tampoco estaba mal.

Harold lo sabía mejor que nadie, porque la había tenido desnuda en sus brazos muchas

—Señor Walker...

—¿Qué pasa, Connie?

—Hay un policía ahí fuera.

—¿Un policía?... —respingó Harold.

—Sí, es un agente de Scotland Yard. Quiere hablar con usted.

—Hazlo pasar, Connie.

—Bien.

La secretaria salió.

A los pocos segundos, entraba Rod Bademan.

Haroldsepusoenpie.

—Pase, agente—rogó, con una leve sonrisa.

—Gracias, señor Walker. Me llamo Bademan; Rod Bademan.

—Mucho gusto, señor Bademan.

Rod estrechó la mano que le tendía Harold y explicó:

—

Estoy investigando las desapariciones de Sharon Kent y Paula Corwin, señor Walker.

—Los suponía. Siéntese, por favor.

—Gracias.

Rod ocupó un ojalillo que había frente a la ampliación y Harold volvió a:

—¿Ha averiguado algo, señor Bademan?

—De Sharon Kent, no sé nada.

—¿Y de Paula Corwin...?

—Alguien vio al tipo que la secuestró.

—¿De veras?—

respingó Harold. Rod le informó de lo que sabía. Harold mordió el cigarro.

—¿Qué lástima que ese Dobson no le viera la cara al secuestrador de Paula—rezongó.

—Y de Sharon—añadió Rod.

—¿Piensa que se trata del mismo hombre...?

—

Estoy seguro, señor Walker. En ambos casos, el secuestrador actuó exactamente

—¿Y qué puede tener...?

—

No lo sé. Pero se he venido a verle, señor Walker. Quiero que me diga usted si ha

—Escierto—asintió Harold

—. Nuestros productos se venden y no defraudan a nadie. Los cosméticos Da-
lila son muy populares. Los más conocidos, quizá. Pero hay competencia, claro.

—¿Y algún enemigo personal...?

—¿Enemigo personal?

—

Bueno, alguien que no le quier bien, que le odie por algún motivo. Algún emplea-

—¿Secuestrando a mis vendedoras...?

—Sin o hay vendedoras, no hay ventas, señor Walker—

señaló Rod. Harold movió la cabeza.

—
En primer lugar, señor Bademan, hace años que no despidió a nadie, así que es em

—¿Charlene Yorkin...?—repitió el agente.

—
Esmi mejor vendedora. La quemás pedidos consigue. Se lleva una burrada en co

—Entiendo.

—
La razón tiene que ser otra, señor Bademan. Con las desapariciones de Sharony P

—
Quizá, con la desaparición de las vendedoras novatas, el secuestrador pretenda

—repuso Rod.

—¿Asustar a las veteranas...?

—
Sí, meterle el miedo en el cuerpo, para que dejen Cosméticos Dalila. Y si las vend

Harold compuso un gesto de preocupación.

—Me está asustando usted, señor Bademan.

—
Piense en lo que le he dicho, señor Walker. En lo del enemigo personal. Si no es un

—¿De los otros?

—Me refiero a los que despiertan a las mujeres.

—¡No será la mía!

—¿Por qué lo dice?

—¡Tiene cara de dátil!

Rod no pudo contener la risa.

—Déjese de bromas, señor Walker.

—¡Si es la verdad!

—¿Esfeas esposa?

—¡Más que un pecado!

—Entonces, hay que descartar a la clase de celos.

—¡Totalmente, vamos!

—Bien, voy a pedirle una cosa, señor Walker.

—Lo que quiera, señor Bademan.

—
Necesito una relación en la que, además del nombre de todas sus vendedoras, fig

—Se lo diré a mi secretaria y se la preparará en seguida.

—¿Meespero, pues?

—

Sí, latendrá lista en unos minutos. Connie es una extraordinaria mecanógrafa. V

Harold accionó el dictáfono que tenía sobre la mesa.

—¿Connie...?

—¿Diga, señor Walker?—se oyó la voz de la secretaria.

—Ven a mi despacho.

—Enseguida.

Harold cerró el dictáfono.

Cinco segundos después, Connie entraba en el despacho.

Harold le encargó la relación que necesitaba el agente de Scotland Yard y dijo:

—Es urgente, Connie.

—Empezaré enseguida, señor Walker.

—Cuando la tengas, tráemela.

—Descuide.

La secretaria salió rápidamente del despacho.

Harold se dio cuenta de que el policía posaba un instante sumirado en el mercado

—Legusta, ¿eh, señor Bademan? Rod se volvió hacia él,

—¿Cómo dice?

—Habla de Connie. Es una joven muy atractiva, ¿verdad?

—Después.

—

Si una mujer fuera como ella, los otros se lo hubieran sido posible, pero como

—dijo Harold, y se echó a reír.

Y Rod, claro, le imitó.

LasecretariadeHaroldWalkerdemostróque,efectivamente,eraunaestupendo

—Hebatidomipropiorécord,señorWalker—dijo,sonriente.

—¡Eresextraordinaria,Connie!—rióHarold,cogiendolarelación.

LeechóunamiradafugazalalistadevendedorasysepasóalagentedeScotland

—¿Eraestoloquequería,señorBademan...?—

preguntó.Rodmirólaelaciónydiounacabezada.

—Sí,señorWalker.

—Complacido,pues.

Rodsepusoenpieysegurdólaelaciónenelbolsillointeriordelachaqueta.

—

Gracias,señorWalker.Porlaelación...yporelcigarro,queesrealmentemagnífico

—Mealegrodequeleguste—

sonrióHarold,quetambiénsehabíalevantadodelsillón.

—Letendréalcorrientedemisinvestigaciones,señorWalker.

—Seloagradecerédeveras,señorBademan.

SeestrecharonlamanoyRodabandonóeldespachoconpasofirme.Connielosiguió

—Quéespaldas...—murmuró.

Haroldvolvióasentarseensusillónydijo:

—Tehagustadoelpolicía,¿eh,Connie?

Lasecretariarespingóligeraментeylomiró.

—¿Decía,señorWalder...?

—

QuetehagustadoelagentedeScotlandYard,esoesloquedecía.Lapelirrojacarmen

—Bueno,yo...

—Tútambiénlegustasteaél.

—¿Deveras?

—Lesorprendíconlosojosclavadosenturedondagrupa.

—Vaya—sonriólasecretaria.

—Quizáteinviteacenar,lapróximavezquevuelvaporaquí.

—¿Ustedcree?

—Esmuyposible.

—¿Deboaceptar,simeinventa...?

—¿Porquéno?

—¿Nosemolestaráusted,señorWalker?

—¡Naturalmentequeno!—

respondióHarold,cogiéndoladelamanoytirandodeella,hastaobligarlaasentarse

—¡Cuidadoconelpuro,señorWalker!—exclamólasecretaria.

—¿Qué?

—¡Puede quemarme!

Harold rió y dejó el cigarro en el cenicero.

—Yano hay peligro, preciosa—

dijo, abrazándola. Después, la besó en los labios.

Connie no protestó.

Esmás, le devolvió el beso, porque le convenía,

Harold solía mostrarse muy generoso con ella, así que Connie se lo permitía todo.

Cuando se separaron sus bocas, Harold empezó a desabotonar leal livianablua.

—Yasé lo que busca, señor Walker—

dijo la secretaria, con malicioso sonrisa.

—¿Y crees que lo encontraré...?

—Seguro, porque conoces muy bien el camino

Harold rió y le abrió la blusa, desabrochando inmediatamente el sujetador. Lección.

—Cómo me gustan tus pechos, Connie...

—Legusta todo, qué caray.

—Es verdad. No tienes desperdicio, Connie.

—¿Y sumujer...?

—Ella está todo desperdicio. Un cubo de basura, vamos. La secretaria rió.

—¡Qué exagerado es usted, señor Walker!

—Sabes que es cierto, Connie. Mi esposa es un cardo.

—¿Y yo qué soy...?

—Un frutero.

—¡Oiga, es un buen amigo! —

—Repleto de frutas frescas, dulces, jugosas, deliciosas...

—¡Yasuenaméjor! — rió la pelirroja.

—Es que no me habías dejado terminar, mujer — rió también Harold.

—¿Qué le apetece comerse de este «frutero»?

—Para empezar, el pardo de manzanas —

respondió Harold, y empezó a morderle los senos.

—¡Melofiguraba! —

volvió a reír la secretaria, al tiempo que le cogió la cabeza y echó a correr.

En aquel momento, Harold Walkernopensaba que dos de sus vendedores habían

Charlene Yorkin, la mejor vendedora de Cosméticos Dalila, acababa de entrar en

apartamento. Era una mujer alta, guapa de caray con un cuerpo magnífico, en la
Tenía una frondosa cabellera rubia, los ojos muy azules, los labios llenos, brillan

Charlene, después de encender las luces de su apartamento, amplió y modern
bar.

Era lo primero que hacía cuando llegaba a casa, servirse una copa. Lo segu
Y lo tercero, claro, darse una ducha.

Charlene, se preparó la copa, tomó un pequeño sorbo, y en seguida se descalzó

Ingirió un segundo sorbo de licor, con la copa en su mano izquierda, se dirigió a su

dormitorio, lo cruzó, y se metió en el cuarto de baño.

Con una sola mano, la derecha, se despojó de su prenda íntima y quedó comple

Segundo después, el agua se deslizaba con rapidez por su hermoso cuerpo, que ella

empezó a friccionar suavemente con la pastilla de jabón.

El ruido de la ducha le impidió oír que alguien introducía un allave en la cerradura.

La puerta del dormitorio de Charlene estaba abierta de par en par. La del baño

De haber estado la ducha cerrada, la vendedora hubiera oído los pasos del hombre.

El tipo entró en el dormitorio, lo atravesó, y alcanzó la puerta del baño. No lo to

Al contemplar el exuberante cuerpo de Charlene, desnudo y mojado, los ojos se

Había deseado en ellos.

Ganas de abrazar a Charlene, de besarla con pasión, de acariciar y sustentarla

De momento, sin embargo, se limitó a observar la hermosa Charlene.

El no le vio, así que siguió friccionando el cuerpo con la pastilla de jabón. No

Charlene acabó con la pastilla de jabón y la dejó en la jabonera.

Continuó bajo la ducha un par de minutos más y luego cerró la llave del agua. A

Después, cogió la copa y tomó unos nuevos sorbos de licor. Con la copa en las manos, s

Novio al tipo que la había estado espiando mientras se duchaba, porque éste se ha

ocultadounossegundosantes.Charlenecaminóhacialapuertadeldormitorio.
Lavendedoradioungritoysoltólacopa,queseestrellócontraelsuelo.Porsuerte,era
decrystalirrompibleynosehizoañicos.
Eltipolaempujóhacialacama,confuerza,ylahizocaerdebrucesenella.Unseg
Charlenegritódenuevo.
Estabaaterroizada,puescreíaquehabíasidoatacadaporunsucioviolador,po
Volviólacabeza,paraverlelacaraaltipo,yexclamó:
—¡Harold...!

Sí.

ElhombrequeteníaatrapadaaCharleneYorkin,eraHaroldWalker,elpropieta
CosméticosDalila.Sujefe.

Ysuamante,también.

Haroldrióylapusbocaarriba.

—¿Teheasustado,nena?—

preguntó,mientrasleacariciabalospechos,lascaderas,losmuslos...

—¡Naturalmente!

—¿Quiénpensabasqueera?

—¡Unviolador!Haroldvolvióareír.

—

Cuandollegué,estabasdebajodeladucha.Noquiseinterrumpirteymelimitéa

—¿Pequeña,dices...?¡Mehasdadounsustodemuerte,Harold!

—Tecompensaré,notepreocupes.

—¿Cómo?

—Haciéndoteelamorconmáspasiónquenunca.

Haroldibaabesarleenloslabios,peroCharlenelefrenó.

—Unmomento,Harold.

—¿Quépasa?

—Antesdeposeerme,quieroquehablemosdelaboda.

—¿Boda...?¿Québoda?

—Lanuestra.Haroldtosió.

—Yo estoy casado, Charlene.

—Pero puedes divorciarte.

—No es tan fácil.

—¿Quieres a tu mujer?

—Sabes que no, que sólo te quiero a ti, que me tienes loco de remate...—
aseguró

Harold, estrujándose lo todo.

—Cástate conmigo, pues.

—Jessica no me concederá el divorcio.

—Estrangúlala, entonces.

Harold respingó cómicamente sobre el cuerpo desnudo de Charlene.

—¿Que la estrangule, dices...?

Charlene le pasó los brazos por el cuello, sensualmente.

—

Te amo, Harold. Eres el hombre de mi vida y no me resigno a ser tu amante. Quiero

—Es verdad—reconoció Harold.

—¿Te librarás de ella, amor mío?

—Lo intentaré, Charlene. Aunque lo de estrangularla...

—Eso era una broma, tonto—rió la vendedora

—Anda, bésame y poséeme, que me muerde ganas.

Harold se apresuró a complacerla.

El«Talbot-

Samba»deEmilyRidleysehallabaestacionadofrenteal96deMountStreet,otra

Mientrasdescendía,mirósupequeñoreloj.Eranlassieteydiezminutos.

Emilydecidiónohacermásvisitas,porquehabíaquedadoalassieteymediacon

Bademan,enelapartamentodeella,yteníaeltiempojustoparallegar.Cenaría

Emilyseestremeció,sólodepensarlo.

SesintiótanfelizygozótantoenbrazosdeRod,queestabadeseandoqueserepiti

Todo.

Desdeelprimerbesoalaúltimacaricia.

Conesailusión,Emilyalcanzóelportalysalióalacalle,consumaletíndevedded

Dejóelmaletínenelasientodeallado,seestirólacortafalda,queselehabíasul

Eneseprecisoinstante,sinembargo,surgióalguienenelasientotrasero.Llev

EsamanocayóvelozmentesobreelrostrodeEmily,cubriéndolelanarizylab

Lointentócontodassusfuerzas,desesperadamente,peroelcloroformoactu

DelasesinodeSharonyPaula.Delamigodelacalviva...

Eltipoagarrórápidamentealavendedora,lapasóalasantotrasero,ylaocultó,

saltandoseguidamentealasantodelantero.Pusoelcocheenmarchaypisóelac

El«Talbot-

Samba»deEmilyRidleysealejóatodaprisayseperdiódevistaenunossegundos

LasuertedeEmily,sinoocurríaunmilagro,estabaechada.Seríalaterceravíctim

LaterceravendedoradeCosméticosDalilaque,despuésdevivirlosmomento

Mientras se dirigía al apartamento de Emily Ridley, en su Chrysler, Rod Badema
En la lista figuraban muchos nombres. Demasiados.

De haber sido menos, Scotland Yard hubierapodido prestar protección a todas y
Claro que, si se excluía a las vendedoras veteranas, el número quedaba notablemente
Rod se dijo que seguramente bastaría con dar protección a las vendedoras que lle-
El Chrysler del agente rodaba ya por Fulton Avenue.

Cuando llegó a la altura del 318, Rod detuvo su coche y salió de él. Buscó el «Talbot
Samba» de Emily con la mirada, pero no lo vio. No estaba estacionado en la calle.
Rod miró sureloj.

Erancasilasochomenos veinte, y como habían quedado al asiete y media, el agente
Emily figuraba entre las vendedoras novatas de Cosméticos Dalila, y Rod, naturalmente,
El agente no quiso esperar más.

Se introdujo rápidamente en su Chrysler y lo puso en funcionamiento, dirigiéndose
Samba» y a no encontrarla en esa zona, pero como el tipo parecía tener la costumbre
En eso confiaba Rod, en que el secuestrador volviera a con el «Talbot-
Samba» de
Emily... y él pudiera descubrirlo.

Elasino había llegado ya al viejo y solitario caserón.

Detuvo el «Talbot-

Samba» de Emily Ridley y volvió la cabeza, comprobando que la vendedora seguía

Después de abrir la puerta y encender las luces del largo vestíbulo, fue por la ch
Dio un paso y alcanzó el recio sofá, depositando al adormida vendedora en

Elasino clavó sus ojos en el busto desnudo de la vendedora y le brillaron con
Lama no hizo caso y se posó en los firmes de Emily, acariciándolos y op
El tipo, furioso consigo mismo por no haber sabido vencer la tentación y domi
—¡Eres un imbécil, Stan!— se insultó así mismo—.

¡Paratino existeme más mujer que Charlene!

¡Y ella volverá a ti, cuando hayas hundido a Cosméticos Dalila!

¡Serán nuevamente tuyas y volverás a gozarte de ella siempre que lo desees!

Elasino hizo un esfuerzo por calmarse.

Lo consiguió y continuó con Emily, descalzándola y despojándola de la breve

Como casi siempre, una ratase le cruzó cuando caminaba hacia el gigantesco

El choque fue tan violento, que la ratita rebotó en la pared como una pelota y cayó al

suelo, quedando tirada en él, medio muerta.

Elasino sonrió al verlo sefector desupatadón y alcanzó la escalera de madera que

En la viga, había otro cuerda preparada.

El tipo ató las manos de Emily con el lazo y la muchacha quedó colgando de la viga y

La viga soltó un crujido.

—Resiste, vieja, o me estropearás la diversión.

Después, se bajó de la escalera y caminó hacia la salida del sótano. En esta ocasión

Debía de estar todas asustadas, a causa de los efectos del último patadón.

Elasino alcanzó la escalera y abandonó el siniestro sótano, dejando sola a Emi

Las ratas le harían compañía.

Un rato después, Emily Ridley abrió los ojos.

Al verse desnuda, colgando de una viga, sobre un enorme tonel repleto de cal viva

las ratas arriba y abajo, la vendedora creyó morir de espanto.

Naturalmente, se puso a chillar como una poses y empezó a agitarse en la aire, lo

Almover se con fuerza, la viga emitió un par de crujidos, amenazando con quebrarse si

los violentos movimientos continuaban.

La horrorizada Emily lo entendió así y dejó de patear al instante. Y de chillar.

La vieja vivió que se le cayó una vez más, acentuando el terror de la muchacha. Fue el úl

Contenía hasta la respiración.

Su cuerpo desnudo, sin embargo, siguió balanceándose suavemente sobre la ca

Emily cerró los ojos y musitó:

—

Rod, ayúdame, te lo suplico... Sólo tú puedes sacarme de aquí, librármeme de esta m

RodBademanestabarecorriendoyalazonaquelecorrespondíatrabajaraEmily. Habíapasado por delantedel 96 de Mount Street, pero allí no estaba el «Talbot-Samba» de Emily. Un poco más atrás, sin embargo, estaba el «Opel-Ascona» verde del asesino.

Rod lo había visto, pero él ignoraba, lógicamente, que se trataba del coche del señor Elagente de Scotland Yard que siguió recorriendo Mount Street con su «Chrysler» y el «Talbot-Samba» de color rojo.

Rod se fijó en la matrícula y casi brincó de alegría.

¡Era el coche de Emily!

¡Y lo conducía un tipo!

¡Debía de ser el secuestrador!

Rod, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, siguió al «Talbot-Samba» de Emily. Sin aproximarse demasiado, para no despertar las sospechas. El coche del asesino cruzó la calle y alcanzó Mount Street.

El «Chrysler» del policía regresó también a Mount Street, manteniéndola prudente. Poco después, el «Talbot-

Samba» se detenía frente al 96. Rod tuvo también su coche y esperó.

Vio salir al hombre que iba en el coche de Emily.

Era un tipo alto, fuerte, y aparentaba unos treinta y siete años de edad. Vestía de negro «Talbot».

Después, echó a andar por la acera, tranquilamente.

Rod vio que el tipo se detenía junto al «Opel-

Ascona» verde y se introducía en él. El individuo lo puso en marcha y el coche se alejó.

El agente puso también en funcionamiento su «Chrysler» y siguió al «Opel-Ascona», pero de lejos, porque si el secuestrador descubría que era seguido, lo sacaría de allí.

El «Opel-Ascona» acabó de detenerse frente a la puerta de casa.

El asesino apagó las luces y salió del vehículo, sin sospechar que había sido seguido.

hasta allí por un agente de Scotland Yard, porque Rod Bademan tenía experiencia. Incluso había apagado los faros de su «Chrysler» hacía ya algunos minutos, para que nadie lo viera. Desde allí, vio entrar al tipo en la casa. Encuanto cerró la puerta, Rod salió del «Chrysler» y corrió silenciosamente hacia el apartamento. Y si el secuestrador había echado el cerrojo, se introduciría en la casa por un ventanillo. Rod alcanzó el caserón. Antes de colarse en él, quiso echar un breve vistazo al coche del secuestrador. La «Ascona» era propiedad de un tal Stan Grayson. Ese era el nombre del asesino.

Stan Grayson había bajado ya al sótano. Lohizo en silencio, para poder observar a Emily Ridley antes de dejarse ver y oír. Pero no gritaba ni se agitaba. Su cuerpo desnudo se balanceaba lentamente sobre el enorme tonel de cal viva, y el pánico que se reflejaba claramente en el rostro de Emily, pálido, descompuesto. Las ratas, mientras tanto, corrían por el suelo y se subían a quí y allá, acentuando el silencio. El asesino se dejó ver. —¿Qué tal, Emily...? La joven tuvo un claro sobresalto y volvió los ojos hacia la escalera del sótano. Mi Emily no dijo nada, por el momento. El asesino se acercó, y como una de las ratas cometió el error de cruzarse por delante de ella, Emily se estremeció, como si la patada la hubieran recibido ella. Stan Grayson la

—¿Has visto qué puntería, Emily?
—¿Me conoce?—preguntó la joven, con un hilo de voz.
—Claro.
—Y no le conozco a usted.
—Porque trabajabas para la competencia.
—¿Competencia?
—Eres vendedora de Cosméticos Dalila, ¿no?
—Sí.

—
Sí fueras vendedora de Cosméticos Mabel, me conocerías perfectamente.
—¿Cosméticos Mabel...?—repitió Emily.
—Te suena el nombre, ¿verdad?
—Sí.

—
No es una empresa tan fuerte como la de Harold Walker, pero lo será cuando yo h
—¿Quiénes usted?—preguntó Emily, desconcertada.

—
No quería decirte lo, pero, como novasa salir vivade este sótano... Ni muerta tam
El corazón de Emily tuvo un fallo y sugargantadejó escapar un angustioso gemido.
Elasesino reveló su identidad.

—
Soy Stan Grayson, el propietario de Cosméticos Mabel, y me he propuesto hundi
¿sabes?
Lasigo queriendo, a pesar de todo, y deseo que vuelva a mí. Y volverá, cuando Cos
Emily fue a decir algo, pero no le salió la voz.
El terror había paralizado sus cuerdas vocales. Elasesino informó:

—
Hematado ya a dos de sus vendedoras. La primera, fue Sharon Kent, y la segunda
Emily dilató los ojos al máximo cuando violó la navaja, pero siguió sin poder hablar.
Stan Grayson empezó a subir la escalera de madera, llegó arriba, y acercó la hoja
Justo en ese momento, Emily recobró la voz y chilló:
—¡Nooo!

RodBademansehabíaacoladoyaenelviejocaserón.

Porunaventana,porquelapuertateníaelcerrojoechado.

Elagentecaminabayahacialapuertadelsótano,queestabaabierta,cuandooyó

—¡Emily!—exclamó,estremeciéndose,yse disparócomounaflecha.

Mientrasdescendíalaescaleradelsótano,extrajolapistolaquelllevabaenlafun-

LacaídadeEmilyaltonelrepletodecalvivaparecíataninminente,queRodnodu-

StanGraysonaullóalrecibirelbalazoenelpecho,perdióelequilibrio,ysecayó

Lacuerdasedesganóunpoco.

—¡Deprisa,Rod!—chillóEmily—,

¡Lacuerd aestáapuntoderomperse...!

Elagentecorriócomounaexhalación,alcanzólaescalerade-
madera,ysubióasaltosporella.

Lacuerdasedesganóunpocomas.

—¡Rod...!—gritóEmily,conojoespantados.

Elpolicíallegómuyatiempo,yaque,justoenelinstanteenqueagarrabaalave-

Emily Ridley temblaba como una hoja en brazos del agente de Scotland Yard.

—¡Rod!—

gritó, como si aún estuviera en peligro. Bademan la estrechó con fuerza.

—Cálmate, cariño. Estás a salvo.

—¡Hasido horrible!

—Losé, losé.

—¡Ese monstruo pretendía...!

—Luego me lo contarás. Ahora, tranquilízate.

—¡Bájame de la escalera, Rod!

—Sí.

—¡Y sácame de estos niestros sótano! ¡Está llenoderatas!

—Es verdad.

El agente estaba descendiendo y alospeldaños.

Con Emily en brazos, caminó hacia la salida del sótano y subió la escalera, alcanzando

lo primero que hizo fue soltarle las manos. Emily le abrazó y le besó con fuerza.

—¡Tede bolavida, Rod!

El policía le acarició la desnuda espalda.

—Ya puedes contármelo todo, nena. Pero tranquila, ¿eh?—

rogó, con una sonrisa.

Emily le explicó cómo había sido atrapada por el asesino y por qué este había matado

Sharon Kenty Paula Corwin.

—

Así que Harold Walkermantiene relaciones amorosas con Charlene Yorkin, sur

¿eh?—rezongó Rod.

—Sí. Y como Stan Grayson la quería...

—El zorro de Walkernomedi jonada.

—Es natural que quieramantenerlo en secreto, estando casado—

opinó Emily.

—Amídebió confesármelo. Me hubieradado una pista importante.

—Me salvaste de todos modos, Rod.

—Sí, menos mal.

Emily le acarició el rostro.

—Te quiero mucho, ¿sabes?

—

Yotambién. Y para evitar que te veas en nuevos apuros, mañana mismo dejarás

—¿Y de qué viviré...?

—

Un agente de Scotland Yard gana lo suficiente como para mantener a su esposa,

¿no lo sabías?

El rostro de Emily resplandecía de felicidad.

—¡Rod, amor mío...!—

exclamó, y volvió a besarle. El policía la estrechó con pasión y le

devolvió el beso, que fue largo e intenso. Como debían ser los besos.

FIN

